

SACRILEGIO

Llegó con la mente despejada y el cuerpo libre de ataduras. Aproximarse a aquella fuente de sonoro y monótono caer del agua la llevó a recordar sus años de adolescencia, cuando feliz su cuerpo permitía al viento jugar con su falda, segura de que los chicos que allí se apostaban admiraban y deseaban insolentemente tocar su trasero. Siempre le producían cosquilleos en el cuerpo esas miradas impertinentes y cínicas, y más vanidad ocasionaba en ella saber que ninguno de ellos sería capaz, tan siquiera, de rozar el borde de su ropa, aunque luego corrieran a imaginar en soledad que la podían ver y tocar, suponiendo las curvas de su cuerpo mucho más perfectas de lo que en verdad eran. Recién llegada de muy lejos, era para todos los de esa pequeña y callada ciudad una novedad, no tanto por lo padecido antes, sino por su cuerpo de formas firmes y mirada coqueta.

Por un instante volvió a aquella calurosa mañana repleta de olores místicos y sonidos

fúnebres en la que una multitud se apretujaba en el atrio del templo para, compungidos y recatados, presenciar la salida de la imagen dolorida y lacerada del Nazareno, cuando uno de ellos, con quien algunas veces había intercambiado miradas de complicidad y deseo, a pesar de su cuerpo escuálido e imberbe tomó coraje y, cuando la presión de los cientos de otros cuerpos obligó a la unión de los suyos, levantó rápidamente su falda y rozó con la punta de los dedos la parte inferior de sus muslos. Todo su cuerpo tembló y se encrespó, llevándola a sentir por primera vez esa sensación eléctrica que recorre el interior de su cuerpo, de los extremos púbicos al interior de su vientre, con esa fuerza avasalladora nunca antes experimentada. Aquella vez literalmente levitó, sin poder afirmarse en el piso no sabría decir si era arrastrada por la multitud o elevada en el aire por esa sensación delicada y excitante que se había apropiado de su cuerpo.

En una fracción de minuto todo su ser se concentró en esa doble sensación novedosa, extraña y satisfactoria: sus dedos acariciando suave pero ardientemente el final de sus glúteos, y ella sintiendo ese recorrido eléctrico interno que humedecía su adolescente intimidad femenina. No pudo decir ni hacer nada y cuando tomó conciencia del presente, el tumulto, junto con él, había desaparecido, como desaparecieron los olores y los sonidos monótonos de la música sacra interpretada por los instrumentos de viento y la percusión solemne que los

acompañaba. Demoró segundos en recuperar el paso. Excitada intentó dar pasos pero todos sus sentidos estaban aún concentrados en esa sensación erótica nunca antes sentida.

Posiblemente él tuvo una noche de pecado, sus manos repetirían esos segundos en los que tomó contacto con su carne, recreándolos de mil maneras. Es más que seguro que llegó a imaginarse pecaminoso y refundido en los más ardientes y oscuros infiernos para toda una eternidad pero, con certeza, no pudo retirar de su mente esa sensación de placer que recorría su cuerpo y erizaba sus partes más sensibles de una manera tan profunda e intensa que le hacían olvidar los posibles infernales tormentos a los que se consideraba ya condenado. Repetía milímetro a milímetro esa escasa extensión de piel y carne que había tenido entre sus dedos, imaginándola cada vez más delicada y sensible.

Durante mucho tiempo ella disfrutó en distintas formas con esos datos en su memoria. Se imaginaba no solo tocada sino besada por él en esa parte del cuerpo, ahora descubierta en toda su sensibilidad y delicadeza. Lamentaba a veces no haber tenido la habilidad y el coraje suficiente para tomarle la mano y obligarlo a no retirarla, a apretarlo con más fuerza y ascender con sus dedos hasta la región más convexa de sus glúteos y jugar en el punto donde se encuentran y unen. Aprendió a humedecerse solo con pensarlo, a disfrutar en soledad apretujando en su entrepierna las sábanas, con la idea fija en su placer y en aquel contacto momentáneo pero

intenso que la había cambiado por completo. No necesitaba nada más; sus ideas y la tensión que ponía en su cuerpo lo hacían todo. El placer llegaba con un simple roce y rápidamente se tornaba intenso, completo, desgarrador.

Aprendió a disfrutar varias veces con apenas algunos minutos de intervalo. Era solo recuperar en la memoria aquella experiencia, agregarle algunos datos, como que con la presión que él había hecho atrás suyo ella podría haberse apretado contra otro hombre que de frente a ella al sentirla se excitaba, notando en toda su dimensión la dureza de su miembro a pesar de las ropas que por la tradición religiosa vestía en ese momento. Se imaginaba besada, en esos pliegues húmedos y aún vírgenes, por la boca gruesa de aquel otro que, concentrado, oraba mientras todo su cuerpo se encogía al cargar, junto a otras decenas de supuestos penitentes, la pesada anda o, presionada por las caricias de aquella mano en su trasero, apretarse a la espalda de aquel otro que, de hermosos y fuertes glúteos, sería capaz de acariciar y mordisquear, restregando su para entonces ya humedecido sexo en la nuca del hermoso penitente.

Muchos años han pasado desde aquel fortuito y único encuentro. Sus caminos recorrieron desde entonces sendas y rumbos diametralmente diferentes. Apenas si se hablaron, apenas si se conocieron, a pesar de que multitud de veces